

El ensueño de la razón

La publicación de este libro en la ciudad que vio nacer a Blanco White es la conclusión de un largo viaje. Convivo con Don José María desde hace treinta años. Llegué a Sevilla por primera vez en 1981 para acercarme a él y empaparme del *genius loci*. Apenas me despidió de él (me ha tentado hacerlo varias veces) cuando vuelve a rondarme. Blanco es una figura que no deja de hechizar, dado que siempre queda algo más por descubrir y por escribir sobre su obra y sobre su carácter, tan polifacético y tan proteico a la vez. Hay muchos Blancos y *many Whites*. Al biógrafo incumbe descubrir al hombre en su totalidad. Hay muchos Blancos y *many Whites*. Pero no se escribirá nunca una última palabra sobre él.

Cada biógrafo es un curioso impertinente, un intruso —o, si quieren, un fisgón— que escala su casa, fuerza su despacho, abre su escritorio y —sin permiso— se pone a leer su epistolario privado y sus diarios más íntimos. ¡Un cara dura! ¿Cómo habrían reaccionado Vds. —cómo reaccionaría yo— si les tratara así un desconocido? Por lo menos el biógrafo se ve obligado a conducirse no como un escalador cualquiera, sino como escalador caballeroso. O, si se me permite cambiar la metáfora, tiene que conjugar el papel de promotor de la causa, con el de abogado del diablo. Además, una biografía debe conmover al biógrafo y a sus lectores, para que reflexionen sobre el sentido de su propia vida. Esto se aplica especialmente en una biografía de Blanco porque, en palabras de William Gladstone: «Dentro del compás de su experiencia se presentan a nuestra consideración casi todas las grandes cuestiones morales y espirituales que pertenecen a la condición humana».

Adopté como lema el aforismo de Miguel de Unamuno: «No hay opiniones, sino opinantes». Como hijo de la Ilustración, Blanco se inclinaba a pensar, al contrario, que la razón funciona según unas reglas independientes del cuerpo y alma del individuo. Llegó a presentar su propia vida como un ejemplo de la fidelidad a esta razón abstracta —una Razón con una r mayúscula— una Razón casi deificada. Seguía esta quimera dondequiera que le guiara, aún cuando le exigiera que se separase de todos y de todo. No pasemos por alto aquél aspecto trágico y al mismo tiempo heroico de su vida. «Si es cierto que las almas son inmortales», escribió Alberto Lista, su amigo más íntimo, «mi afecto hacia el hombre que más he apreciado en este mundo y al que debo la elevación de mis sentimientos jamás podrá ser destruido». Sin embargo el cariño de Lista no anuló su clarividencia. En un veredicto sobre los amigos de su juventud escribió: «Reinoso sólo era sensible a la verdad y a la virtud. Blanco lo era a todo. Su fibra irritable y débil producía movimientos tumultuosos en su alma».

Mi búsqueda de Blanco White no empezó en Sevilla, sino en Oxford. Allí, en Oriel College, Blanco había pensado pasar tranquilamente lo que quedaba de su vida, dedicándose al estudio entre compañeros eruditos y simpáticos. En Oriel se encontraba en un grupo de intelectuales célebres por sus cerebros. El joven John Henry Newman era otra cosa. Acababa de ser elevado a la dignidad de *colegial* (*Fellow*) a la edad de 25 años. Era poeta, soñador y —a diferencia de los demás— músico —aficionado, como Blanco, al violín y a los cuartetos de Beethoven. (El Rector del Colegio, al contrario, opinaba que el afán de la música señalaba un carácter afeminado y frívolo). «Mr. Blanco White tiene un oído exquisito», escribió Newman a su hermana. A pesar de la diferencia de edad, Newman y Blanco tenían una afinidad del corazón: armonizaban el uno con el otro. No hay mejor testimonio del atractivo moral de Blanco que la afectuosa carta que le escribió Newman en el verano de 1828:

«Cada vez que pienso en usted, su nombre aparece relacionado con visiones tan grandes y hermosas que me maravillo de como es que habiéndolo conocido hace tan poco tiempo me siento tan a gusto a su lado».

Años después, Newman llegó a ser considerado el mejor prosista inglés del siglo XIX, maestro de un estilo sutil y encantador. Fue Blanco, en su capacidad de editor, quien le dio a Newman la primera oportunidad de publicar: «Necesitas dar salida a tu inteligencia y a tu corazón, que se desbordan... Dile abiertamente al mundo lo que sientes y lo que piensas: háblale al pueblo inglés por medio de mi periódico, y déjame gozar del beneficio». Y fue el primer crítico en apreciar el estilo fino del joven que llamaba su 'Platón oxoniense': «Eres un escritor traicionero: sabes escaparte suavemente por entre los dedos del crítico».

La amistad entre Blanco y Newman es un tema revelador y fascinante. Claro, el Newman al que conocía Blanco era entonces casi desconocido fuera de Oriel College. Nadie entonces podía pronosticar cómo se convertiría en uno de los personajes más carismáticos y más influyentes de la Inglaterra del siglo XIX; como en Oxford tendría embelesada a toda una generación de estudiantes; como se transformaría en el líder de un partido reaccionario dentro de la Iglesia anglicana; como se exiliaría de Oxford al convertirse a la Iglesia de Roma; como acabaría a finales del siglo como Cardenal romano y eminente victoriano. Después de su conversión no dejaba de hablar afectuosamente de Blanco White. «Le admiré por la sencillez y la franqueza de su carácter, por su cariño, por el gran alcance de su conocimiento, por su conversación y su intelecto refinado, cultivado y elegante». Hay tantos parecidos entre Blanco y Newman. Blanco podía apropiarse el lema de Newman, *Cor ad cor loquitur* («el corazón le hable al corazón»), y el título que Newman dio a su propia autobiografía, *Apologia pro Vita Sua*, se aplica a toda la obra autobiográfica de Blanco. «Aquí debajo», escribió Newman, «vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado a menudo». [«*Here below, to live is to change, and to be perfect is to have changed often*»]. Según aquél cálculo, Blanco White era *muy* perfecto.

La odisea del Platón de Oxford no se terminó con su muerte. En septiembre pasado, John Henry Newman fue beatificado por el Papa Benedicto XVI en una ceremonia celebrada en Birmingham. Con mucha expectación, un grupo de dignatarios se había reunido antes en el cementerio donde se encontraba la sencilla tumba del Cardenal, para desenterrarlo y trasladarlo a un sepulcro más imponente dentro de la iglesia del Oratorio. Excavaron la tumba y descubrieron —nada— nada más que una plancha de latón antes sujeta al ataúd. John Henry Newman se había disuelto, eludiendo de ese modo las atenciones de los cazadores de reliquias. Recuérdense las palabras de Blanco ya citadas: «Sabes escaparte suavemente por entre los dedos». Y algo más: se mostraba poco dispuesto a cumplir los milagros requeridos para la canonización. Es difícil evitar la impresión de que John Henry Newman no quería que le hicieran un santo.

Blanco no era un santo, cierto —lo que a lo menos impedía que tuviera sufrir la indignidad de ser desenterrado. Si aún existiera el *Advocatus Diaboli*— un oficio desgraciadamente suprimido para acelerar el proceso de la canonización —no hallaría dificultad en señalar sus defectos: su tendencia a la auto-justificación, por ejemplo, o su hidalguismo, o aquella rabia latente que de vez en cuando estalló de modo tan desconcertante a los graves señores de Oriel College. Las letras humanas tienen que ver, no con la perfección, sino con la imperfección. Como ha dicho Antonio Molina, Blanco era nada menos, y nada más, que un hombre —nuestro semejante, nuestro hermano.

Si Blanco al fin y al cabo ha sido admitido en el canon literario, esto no debe implicar una canonización. Para un escritor, la canonización sería equivalente a lo que James Fernández ha llamado «una forma de silenciamiento más eficaz incluso que el ninguneo». ¿No era Blanco el mismo que dijo, por medio de la protagonista de su novela *Luisa de Bustamante*, «No quiero aduladores: la ambición mía es propagar la llama que en mí respira»?

No olvidemos al Blanco más íntimo —al cariñoso hijo, hermano, tío y padre que se revela en su epistolario privado. En su lengua materna, escribía con una fluidez y una libertad que se le escapaban en inglés. El estilo elegante de *Letters from Spain*, por ejemplo, se tomaba prestada de un modelo extrínseco —el estilo de Addison, el ensayista clásico del siglo XVIII. (Según el famoso Dr. Johnson, «Quienquiera que desea alcanzar un estilo elegante, aunque no ostentoso, tiene que dedicarse día y noche al estudio de Addison»). En español, al contrario, Blanco podía expresarse directamente a sí mismo. «Escribir en español», dijo una vez, «es para mí resucitar de entre los muertos». Su auténtica voz se encuentra en la bella traducción que hizo de una oración shakespeariana en la que el Duque de Norfolk (y no sólo el Duque sino también el traductor) protesta contra su condena al exilio:

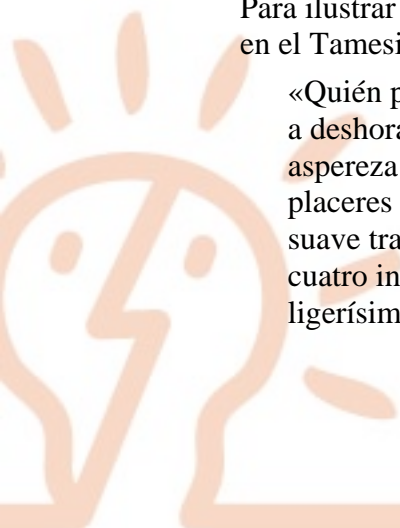
«El idioma patrio que he aprendido
Más de cuarenta anos, me es inútil
De hoy en adelante. ¿Qué es mi lengua
Ya para mí sino harpa destemplada,
O instrumento sonoro puesto en manos
No acostumbradas a pulsar sus cuerdas?»

Aquella metáfora del instrumento descordado se encuentra varias veces en la obra, señaladamente en el soneto que dedicó a su sobrina María Ana, que le haría una visita en Liverpool un año antes de su muerte. Allí se compara con un «tañedor de armónico instrumento» que al escuchar «un conocido, tierno acento... respira poseído de un nuevo y alto aliento», pero «teme tocar un laúd que la edad ha destemplado».

Quizá la música, en la que Blanco encontraba la serenidad y templanza del espíritu que le faltaban por otra parte, sea la llave de su vida interior. En un artículo muy sugestivo, el compositor Tomás Garrido ha demostrado como el tema de la música se difunde por toda su obra. «Sus narraciones», dice, «sobre todo las descriptivas, son pura poesía sin métrica... En su producción poética, la música... está presente en su más pura esencia».

Para ilustrar su tesis, Garrido cita una maravillosa descripción de un viaje, río arriba, en el Tamesis, tomada del cuento *Costumbres Húngaras*:

«Quién podrá describir las sensaciones internas que causa la banda de música que a deshora rompe en ecos que en la expansión del aire libre pierden hasta la menor aspereza o disonancia? Una orquesta completa y arreglada daría al aficionado placeres de un orden más superior, pero en vano aspiraría excitar el vivo aunque suave transporte que las vagas vibraciones de un arpa, acompañada de tres o cuatro instrumentos de viento, producen bajo un cielo plácido toldado de ligerísimas nubes, en tanto que un bajel movido sin velos ni rameros se desliza por



cima de mil imágenes de árboles, casas, sol y nubes que bailan ante los ojos, pintados en el fondo del río».

Es significativo que al final de su vida lo que hizo renacer su musa poética era la voz de una sevillana, su sobrina María Ana. Otros exiliados andaluces se representan imágenes del pasado que ven por ojos adentro. (Así Pedro Garfías, por ejemplo: «Llevo mis campos en mis ojos»). Blanco White, al contrario, *oye* la Sevilla de su juventud: oye el ritmo rápido de la seguidilla; oye las coplas del Rosario del alba, «cantadas con una melodía muy sencilla y acompañadas por el bello y variado sonido de una esquila»; oye «el melancólico repique de la campana de Pasión en la mañana del Domingo de Ramos».

Todo esto me recuerda una anécdota de James Joyce. Joyce se exilió de Irlanda en 1911, y pasó el resto de su vida en Trieste, Zurich y París, recreando en los menores detalles el Dublin de su juventud. Poco tiempo antes de su muerte su mejor amigo le visitó en París. «Cuando vuelves a Dublin?», le preguntó. «¿Por qué volver?», respondió Joyce: «No me he ido nunca de allí» («*I never left it*»).

Martin Murphy
Sevilla, mayo de 2011

